

**Ramiro Sacasa Guerrero**

# **Inauguración del Instituto Politécnico de Nicaragua**

*Discurso del Honorable Señor Ministro  
Educación Pública de Nicaragua en el  
acto inaugural del Instituto Politécnico  
de Nicaragua, el 28 de Junio de 1968.*

*Con satisfacción vengo hoy a pronunciar las frases inaugurales en este acto, en que oficialmente inicia sus labores el INSTITUTO POLITECNICO DE NICARAGUA.*

*Y al hacerlo, no he podido evitar que mi pensamiento vuele hacia el Centro donde yo estudiara, la UNIVERSIDAD DE LEON, que nació como Seminario Tridentino el 15 de Diciembre de 1670, para esparcir una cultura traída de lejos y cimentada en nuestro medio colonial a fuerza de cilicio. Frailes y licenciados regaron la semilla que germinó luego -con los Presbíteros Rafael Agustín Ayestas, Tomás Ruiz, Francisco Ayerdis y otros- en la Universidad, fundada por Decreto del 10 de Enero de 1812 y en 1947 convertida en Nacional por el inolvidable Presidente, General Somoza García.*

*Esa Universidad, umbilicalmente unida a torres y campanas, es realmente una prolongación de las otras Universidades que allá, en España, nacieron y crecieron, y se multiplicaron aquí en América para bien de la fe y de la cultura occidental.*

*¿No fueron acaso los antiguos seminarios, regazo de nuevas universidades, buhardillas de oración, túneles de meditación y experimentación santísimas, piedras miliars donde reposaron Valencia, Compostela, Mesina ó Alcalá? ¿No fue Alfonso X el que con sabiduría pidió en sus "Partidas" el "ayuntamiento de maestros e de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad e entendimiento de aprender los saberes"?*

*Y qué mejor lugar con voluntad de hacerlo que la misma Universidad de Salamanca, sueño dorado del que rezando a Jesucristo sólo pensaba y escribía en español?*

*Las Universidades, tanto como las imprentas, fueron en América arietes de civilización y de progreso, de verdadera revolución, especialmente en Nicaragua,*

donde fue uno de sus fundadores el "Licenciado y matemático, Tomás Ruiz, indio de Subtiava de gran fama oratoria, que apareció después complicado en Guatemala en la conspiración del convento de Belén y a quien se le condenó a la pena de garrote", según relata el historiador nicaragüense don Leonardo Montalbán.

En situación siempre renovadora, nuestra Universidad no ha vivido de espaldas al pasado, sino que -unida a una valiosa tradición- mira hacia el porvenir. Por algo la Universidad Nacional guarda en su seno -con sobriedad de mármol- el perfil del prócer de nuestra independencia, Licenciado Miguel Larreynaga, como para indicarnos que, llama votiva de nuestro anhelo, puede seguir conquistando nuevos sistemas y nuevos adelantos, caminando hacia la libertad por la universidad, como lo concibiera el recordado Rector Dr. Mariano Fiallos Gil.

En más de siglo y medio de vida independiente, nuestra Universidad sufre crisis y siempre perdura. No todo será buena cosecha ni tranquilidad suma, en sus aulas de estudio, porque regímenes hubo que la acosaron sin lograr acallarla, mucho menos destruirla. Cesa en su rumor de juventud vocinglera por unos instantes, pero con renovado brillo vuelve a sus viejos cánones de investigación y lucha. Perdura, y se abren nuevas facultades, y rebasa sus linderos, y con el Presidente Luis Somoza Debayle obtiene su autonomía, y con el Presidente René Schick la ayuda del 20/o del Presupuesto Nacional, para insuflarle vida material; y revive y crece, y ha de seguir creciendo la Universidad de León, ligada desde su nacimiento a la centenaria Catedral donde reposan los restos de Rubén Darío, alto campanario que ha hecho sonar por todo el mundo el nombre de Nicaragua, pararrayos celeste, rompeolas de eternidad.

Después, con existencia reconocida por Decreto Legislativo del 23 de Julio de 1960, la Universidad Centroamericana abre sus puertas bajo el tradicional signo de la "Ratio Studiorum", en las profundas meditaciones cristianas de San Ignacio de Loyola.

Y su ilustrado Rector, el Padre León Pallais, pone -entre la primera y última piedra- su incansable corazón lleno de ansias constructivas. Y como a sus aulas ingresan los mismos nicaragüenses y la misma juventud nerviosa busca derroteros, los estudiantes son los mismos en ambas universidades. Y en ella se estudia y lucha como en la otra, y van surgiendo las tres primeras promociones, entre destellos de una juventud preparada dentro de amplias disciplinas, con rigor académico y con amplio concepto de la justicia social.

Y como si el sol secular de la Universidad de León fuese en la proyección de la Universidad Centroamericana sólo el atisbo de nuevos resplandores, nace hoy un nuevo fanal, una nueva institución de estudios superiores, tan necesariamente creada que apenas sus promotores -politécnicos y humanistas- abrieron las puertas del Instituto, penetró por ellas -ansioso de mayor preparación- el conglomerado so-

cial más experimentado de esta capital.

El Doctor Norberto Herrera Zúñiga, -uno de sus más esforzados fundadores- con gran experiencia adquirida al amparo de la Universidad Nacional, sabe qué disciplinas faltan en la formación integral del hombre y por su contacto directo con la Escuela de Ciencias de la Educación, conoce también como programarlas y cómo enseñarlas.

Bases distintas de sustentación tienen nuestras universidades, y ninguna de ellas hunde sus raíces sobre el mismo limo, porque -similares en sus fines- difieren en sus orígenes. Diversas corrientes subterráneas las nutrieron y dieron vida. Diferentes filosofías, ajustándose y complementándose, en el tiempo propicio a cada cambio y relevando esfuerzos para avanzar. Observamos así que, si hace trescientos años la Universidad de León comenzó alentada por la fe, cerrada talvez al libre examen, que luego llegó a ser la base de sus enseñanzas, la Universidad Centroamericana, inspirada en los colegios romanos y germanos, vitaliza su esencia -tomismo renovado- con un amplio criterio que estimula la floración de aspiraciones y, con ellas, el nacimiento de nuevas profesiones, promisoría finalidad que el Instituto Politécnico viene ahora a satisfacer.

Tres Centros de Estudios Superiores y sin visos de crisis. Ninguno está en contra del otro, porque las luchas banderizas que pudieron haberlos separado, ya no tienen cabida dentro de un siglo convulso que trata de conciliar lo humanista con lo científico, el espíritu con la materia, la justicia con el orden, lo genuinamente tradicional con lo auténticamente revolucionario.

Porque lo social ha cobrado hoy tanta vigencia, que ya no existe credo, filosofía o doctrina que ignore su sentido altamente democrático. Aun el existencialismo lo enarbola como preocupación suya, lo poetiza y lo transfigura en brillantes obras literarias a lo Sartre o a lo Camus. Y hoy se desvanecen los viejos colores, como los antiguos rencores entre los partidos históricos, porque los pueblos de América ya saben que son matices de una misma tragedia: la carencia de tierra, de techo, de educación y pan; y que ellos deben en las elecciones votar, no guiándose por el color que antiguos caudillos ponían sobre las mesas electorales, sino que por un programa de acción que les convenza y líderes que les inspiren confianza, a fin de que -respetándose los derechos de todos- cese la violencia de ambos lados y no se vuelvan a escuchar disparos, porque es indispensable -ahora o nunca- vivir en paz, para poder trabajar y progresar.

"El desarrollo es el nuevo nombre de la paz. ¿Quien no querrá trabajar con todas sus fuerzas para lograrlo?" dice Su Santidad Pablo VI en "Populorum Progressio", la brillante Encíclica que -aun a los frios de corazón- ha hecho sentir el calor de su llamado.

La educación es desarrollo, exclama el Rector de la Universidad Nacional,

Dr. Carlos Tünnerman Bernheim, en un estudio sobre planificación educativa que la Ciencia y el Humanismo le han inspirado para favorecer a la juventud nicaragüense. La Universidad -recalca- debe ser cabeza y músculo en un país subdesarrollado como el nuestro, y luego, agrega textualmente: "En los países desarrollados, la cultura de la Nación no depende tan estrechamente de la Universidad, como en los países que recién inician su desenvolvimiento."

La Universidad Centroamericana se manifiesta en forma similar en un precioso texto sociológico de largo aliento, que el Rector Reverendo León Pallais escribiera para que los estudiantes tengan conciencia de que en ella no rige lo dogmático, sino que "abierta al diálogo y a la comprensión, sin imposiciones o hermetismo, recibirá en su seno a todas las personas que quieran formar su alumnado, sin discriminaciones por razones de raza, sexo o religión."

El Padre Pallais explica que "incumbe a la Universidad enfrentarse al reto, cada vez más urgente, de la promoción social que entraña el desarrollo". Y agrega "que la Universidad debe ser la conciencia social de la nación y por lo tanto debe proclamar las exigencias imprescriptibles de la verdad y la justicia, porque, en primer lugar, la perspectiva social es parte integrante de toda cultura verdaderamente humana."

Y el Instituto Politécnico, cómo dejaría de pensar en el desarrollo, si precisamente es concomitante con los esfuerzos para el mismo y si el 90 o/o de su alumnado vive integrado a la pequeña empresa o a la incipiente industria de este país? ¿Cómo no referirse a la tecnología, si su propio nombre nos recuerda los prestigiados centros de Massachusetts y de Monterrey? Su Director, Doctor Norberto Herrera Zúniga, proclama la existencia de "una Universidad que sin prejuicios religiosos, políticos o de otra índole y sin duplicaciones de esfuerzos, ha de aportar al país y a la juventud estudiosa nuevas profesiones en favor del avance y desarrollo de Nicaragua." Y nos explica que el que él dirige es "un Centro superior de estudios que prepara técnicos en carreras cortas, de acuerdo al incremento de los recursos humanos, con nivel de técnicos calificados."

Y luego, previendo los desastres de un materialismo a ultranza, el Doctor Herrera Zúniga nos asegura que en el Politécnico no se formarán hombres como máquinas, porque "aceleraríamos la deshumanización que ya empieza a amenazar al mundo y que es el peligro mayor de la tecnología en los países altamente industrializados."

Este breve análisis, -que aun a riesgo de cansarles, me he permitido hacer- demuestra la unidad de propósitos de estas Instituciones docentes y la responsabilidad histórica que han adquirido frente a las necesidades de un mundo en constante cambio. Recordemos que, hace cincuenta años, el grito de la Universidad de Córdoba fue sólo el preludio de lo que las demás universidades americanas harían en el de-



venir del tiempo. Esto es, evaluar hasta dónde se es acorde con la realidad y conocer hasta cuándo se aplicarán las fórmulas -no mágicas, sino científicas- para remediarla pronto.

Digno es también de tenerse en cuenta que el Instituto Politécnico surge íntegramente sostenido por la iniciativa privada. Prueba de ello había dado, y magnífica, la Universidad Centroamericana, que con el apostólico impulso de su Rector, ha logrado obtener el apoyo de familias y empresas del país, y aún de entidades de otros países -como la AID de los Estados Unidos de América y de grupos católicos de Alemania- demostrando así que las comunidades están dispuestas a apoyar el nacimiento y labor de las universidades, porque saben que redundan en provecho general.

Ideal sería que estas Instituciones logaran formar un hombre nuevo, un nicaragüense ajustado a nuestras tradiciones y a nuestro porvenir; ese ciudadano que nuestras Escuelas han pretendido esbozar, pero sin lograr acabarlo, debido a las fallas de un sistema educativo que, con la colaboración de todos, debe comenzarse a corregir.

Claro está que la Pedagogía no es una panacea para todos los males que secularmente hemos padecido, ya que muchos de éstos tienen una raíz tan profunda y tan vasta que se necesitan sustanciales cambios en otros estratos, que no son los del mero aprendizaje o de los períodos académicos, sino en nuestro propio andamiaje de relaciones sociales, económicas y culturales.

Como dice el Padre León Pallais, "la Universidad sería infiel a su misión, si pretendiese impartir su enseñanza desinteresándose de una sociedad en que reinan los desequilibrios, con todas las tensiones y las tentaciones que derivan de ellos." Y aunque para apreciarlos no es necesario ingresar a estos altos estudios, sino que basta caminar por los mercados, talleres y plazas, altas industrias y barrios bajos, de bemos procurar de inmediato irlos reajustando, pues si nuestra molicie nos convierte en simples espectadores del drama social, no nos sorprendamos de que otra dirigencia, con otros métodos y otras formas de cultura, venga a pretenderlo remediar.

Comprendo también el punto de vista de los profesionales que, una vez egresados de estas universidades, se encuentran con los privilegios del mundo que combatieron, y pacientemente se acoplan, para ser gotas de aquella corriente antigua, vigas de aquel viejo maderamen, olvidados de los que en la época estudiantil proclamaban.

Con tantos problemas que hay en nuestra Patria, y sin poseer hasta el momento normas claras de conjurarlo -planes científicos de corto y largo plazo- lo ideal sería que estos tres altos centros de estudio, así como convergieron -sin proponérselo- en delinear principios democráticos comunes para todos, se propongan ahora regular el servicio social obligatorio, que el Presidente, General Somoza Debayle, ha

querido establecer, como una mística que ha de aportar una nueva visión de los problemas nacionales, y de facilitar el encuentro de métodos que conduzcan a prontas y adecuadas soluciones.

Que el servicio social no converja en las grandes ciudades, como muchos por comodidad quisieran, porque así agravaríamos el problema migratorio, en éste como en los demás países latino-americanos, donde los mayores conglomerados-campesinos materialmente se vacían sobre las ciudades más adelantadas, con la inevitable secuela de que dejan desoladas las zonas rurales, y en las urbanas aumentan el cinturón de miseria. Conviene que el profesional conviva por algún tiempo en los sectores más apartados del país, para que -a guisa de experimentación- conozca lo que el Presidente, General Somoza Debayle, con acierto ha definido como "lo más importante, lo más valioso, lo más grandioso y lo más creativo que tiene Nicaragua, nuestra población, que está determinada a progresar al límite que las oportunidades y la naturaleza se lo permitan."

Esa oportunidad, pues, se le ha de brindar al hombre nicaragüense que -mal proveído y peor educado- espera la redentora llegada del técnico y del humanista.

Celebremos, pues, el nacimiento del INSTITUTO POLITECNICO, Centro de Estudios Superiores, que -uniendo su acción a la de nuestras ya prestigiadas Universidades- ha de contribuir a formar un profesional que -junto con conocimientos claros de la Ciencia y la Cultura- lleve en su mente y en su corazón: la fe en Dios, como lo hubiera concebido, y un gran amor a Nicaragua, para ayudar con el trabajo recto -sin injusticias y sin demagogia- a que todos vivamos y progreseemos en paz.

